

# EDITORIAL

## ¿Es útil conocer nuestro pasado?

Prof. Dr. D. Francisco Javier Castro Molina.  
Director de EGLE: Revista de Historia de los Cuidadores  
Profesionales y de las Ciencias de la Salud.

Cuando procuramos recordar algo importante, es habitual que muchos individuos empleen una hoja de papel donde recoger ideas, diligencias, sentimientos o simplemente un número de teléfono. Gracias a esta acción, podemos registrar cuestiones que van más allá de lo inmediato, como todo aquello que debemos hacer o lo que ya se ha realizado. Las sociedades hacen algo muy parecido a esto. Cada una de ellas procede a crear un registro escrito en el que se recoge todos aquellos hechos acaecidos, información que posteriormente es utilizada por los “arquitectos de la Historia” para elaborar un discurso que dé explicación a lo ya pasado. Y es gracias al celo con el que se guarda este saber, lo que nos permite explicar nuestro propio pasado, convirtiéndose en fuentes de información, documentos tan próximos como acta de nacimiento, trabajos de la escuela, certificados de estudios, registros de vacunación o fotografías, entre otros. A ellas se unen otras fuentes de información, las orales. Los recuerdos de nuestros padres, nuestros abuelos y otros parientes cercanos, son parte de estas formas, herramientas que nos ayudan a explicar nuestro pasado y que permiten dar lógica a nuestra existencia. La historia de cualquier persona o de una comunidad puede ser escrita consultando todas estas fuentes, saber que con mucho esmero es conservado por la sociedad con el paso del tiempo.

Pero ¿es tan necesario saber nuestro pasado o es tan solo un capricho de la colectividad? La importancia de estudiar nuestra historia estriba en el hecho de que tener constancia de lo ya

sucedido nos permitirá conocer lo que sucede, es decir, nuestro presente. La realidad actual en la que estamos inmersos es en gran medida un producto de lo ya acaecido, estando estos procesos mediatizados, en todo orden de cosas, por ámbitos como el político, socioeconómico y cultural. El pasado ha de estudiarse en virtud de toda aquella problemática que plantea el presente. Si bien son importantes los datos y las fechas, el cogollo de la cuestión está en no apartar el visor de los ya mencionados “procesos”. Son estos, los que nos permiten dar sentido y entendimiento a “lo ya sucedido” de manera crítica y próxima a todos y cada uno de los ámbitos sociales.



*El hombre en el cruce de caminos, Diego Rivera*  
(vestíbulo del Rockefeller Center de Nueva York, 1933)

Desde la Antigüedad siempre han existido múltiples comunidades que han manifestado un marcado interés por conocer el mundo que les rodea. Cuando hacemos referencia a la Historia de la ciencia y de la tecnología, nos hacemos conscientes de la trascendencia de este campo. Ésta, la historia de la ciencia, está definida como aquella disciplina encargada de estudiar el desarrollo historia de ambas, la interrelación existente entre ellas y con otros aspectos como la sociedad, la política, la cultura, la economía, la ideología y la religión. El análisis histórico de ambas toma prestado métodos y contenidos de diferentes ámbitos temáticos temporoespaciales como la historia social, la historia de las ideas, la historia económica o la historia cultural, entre otras.

El comienzo histórico exacto de la ciencia es una cuestión de difícil precisión. Su surgimiento es el resultado de un momento en el que

se descubre la relación de que “unos fenómenos son causas y otros son efecto”. La ciencia es un efecto necesario de una separación del trabajo manual del intelectual en el que está presente una división de la sociedad laboral, transformándose en una ocupación concreta de un grupo. Pero, la historia de la ciencia y la tecnología ya no solo se circunscribe a grandes hombres y a grandes teorías. Esta disciplina en la actualidad se ha vuelto imprescindible asimilarla en la diversidad de situaciones y contextos, desarrollados en el pasado, desarrollados en el momento actual.

En palabras de Ortega y Gasset (1964): *El físico sabe muy bien que lo que dice su teoría no lo hay en la realidad (...) El hombre de la calle trabaja sobre el plano real y describe fenómenos reales (aquellos que afectan directamente nuestra experiencia sensible o mesocosmos) mientras que el científico trabaja en un plano ideal donde describe fenómenos científicos (relativos al microcosmos y al macrocosmos) que tienen una correspondencia mucho menos estrecha con el mundo experiencial que conocemos. (...) El punto matemático, el triángulo geométrico, el átomo físico, no poseerían las exactas cualidades que poseen si no fuesen meras construcciones mentales.*